

DIARIO DE UN PEREGRINO

ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2022

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

Diario de un peregrino

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Soberbilandia	13
Avaricilandia	27
Envidilandia	37
Irlandia	45
Lujurilandia	51
Gulandia	61
Perezlandia	69
Llegada a Belén (A modo de epílogo)	77

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho que a lo largo de la historia han existido santos de vida contemplativa tan profunda, que eran capaces de experimentar fenómenos físicos extraordinarios, tales como permanecer durante largo tiempo sin ingerir ningún alimento o sin dormir. Podemos recordar, por ejemplo, que a santa Caterina de Siena (1347-1380) se le atribuye haber estado ocho años sin comer absolutamente nada; a la beata Catalina Mattei de Racconigi (1486-1547), diez años, y a santa Liduvina de Schiedam (1380-1433), veintiocho. También dicen que santa Coleta de Corbie (1381-1447) solo dormía una hora a la semana; que san Pedro de Alcántara (1499-1562) estuvo durmiendo una hora y media escasa cada día durante cuarenta años y que san Macario de Alejandría (310-408 aproximadamente) resistió veinte años sin dormir un solo día.

Obviamente este tipo de historias son del todo increíbles, porque es bien sabido que nadie es capaz de subsistir si no come o no duerme. Por lo tanto, tales leyendas –dicho sea con todo respeto– no deben interpretarse al pie de la letra, sino más bien de un modo

indicativo de que sus protagonistas poseían una gran capacidad de contemplación, sin duda alguna real, pero que, al mismo tiempo, se han envuelto con un exceso de imaginación. A buen seguro que Jesús, por muy Hijo de Dios que fuese, también era humano y, por consiguiente, comía y dormía.

Sin embargo, la fantasía carece de límites y podríamos preguntarnos: ¿qué ocurriría si alguien, realmente, fuese capaz de vivir inmerso en un éxtasis tan profundo que no necesitase comer o dormir durante un espacio de tiempo muy prolongado, y al cabo de –pongamos por caso– transcurridos doscientos años volviese en sí, y entonces tuviese que incorporarse a la sociedad en que se hallase? ¿Por qué no suponer cuáles serían los enormes cambios, tanto en el aspecto espiritual como en el general que, sin duda, habrían tenido lugar? Pues este libro, una vez más, y como en otros anteriores de la misma colección, trata de ser un instrumento que nos invita a reflexionar sobre un caso hipotético como el que presentamos.

Nuestro místico imaginario, por tanto, así que regresa a la realidad, como buen devoto que es, agradece a Dios la experiencia vivida y promete, en acción de gracias, peregrinar hasta la Basílica de la Natividad, en Tierra Santa. A lo largo del camino, este peregrino discurrirá

por SIETE ciudades asimismo –¡cómo no!– imaginarias, y nos relatará sus peculiaridades, así como las vivencias que mantendrá con sus habitantes. A partir de aquí y hasta el final, solo van a hablar el peregrino y sus interlocutores. En cuanto al epílogo, cada cual es libre de interpretarlo como más le plazca.

Soberilandia

Que Dios me acompañe en esta peregrinación a Tierra Santa que hoy inicio y me proteja de todo mal. Desconozco las posibles incidencias del trayecto, debido al tiempo que he estado «ausente» del mundo y, por consiguiente, ignorante de los cambios que se hayan podido producir así como del progreso y la evolución acaecidos.

Durante el viaje me alimentaré como pueda y repondré fuerzas donde me sea posible. Pero no voy a comentarlo porque creo que, en su lugar, será preferible ir relatando las vivencias que vaya teniendo por el camino.

Tan pronto he empezado a andar, lo primero que me ha llamado la atención ha sido la poca gente que había por doquier. En realidad puede decirse que no he visto a nadie hasta que he llegado a una ciudad, para mí completamente desconocida y, por fin, se me ha aproximado alguien vestido de forma más bien extravagante. Pero seamos bien educados.

–Buenos días.

–¿Identificación? ¿Planeta de procedencia? ¿Adonde os dirigís y con qué objeto?

Caramba, vaya un control más exhaustivo. Trataré de responder como mejor sepa:

–No puedo identificarme porque todos mis documentos de identidad están caducados. Solo soy un peregrino que se dirige a Tierra Santa en agradecimiento a Dios por haberme mantenido sano y salvo durante todo el tiempo que he permanecido alejado del mundo. En cuanto a la pregunta referente a mi planeta de procedencia, sinceramente, no alcanzo a entender su significado.

–Sabed que yo no soy propiamente humano, sino un organismo cibernético de creación humana, o sea lo que antiguamente se denominaba como un robot de aspecto humanoide. Mientras hablabais he procesado y analizado la expresión de vuestro semblante, así como el tono de la voz, con el fin de comprobar la veracidad de vuestras palabras. El resultado es positivo, lo cual me sitúa automáticamente a vuestra disposición para responder cualquier pregunta sobre aquello que, a título informativo, os interese conocer. Yo interactúo con los humanos; estoy capacitado para manifestar opiniones propias, y no hay que olvidar que por extensa que sea la

información que os proporcione, ésta siempre será parcial.

–Bien, pues, tal como os he dicho, me sorprende que me preguntéis de qué planeta procedo. ¿Es que acaso parezco un extraterrestre?

–A primera vista, vuestra apariencia no es la de un terrícola. No obstante, insistiendo en la búsqueda, verifico que sois un contemporáneo del siglo XXI, lo cual no figura como posible en mi base de datos. Debéis saber que, hace más de cien años, los recursos de este planeta ya eran insuficientes para mantener a los más de veinte mil millones de habitantes que lo llegaron a poblar y, además, la Tierra se había convertido en un auténtico estercolero. Fue entonces cuando se optó por colonizar los planetas de nuestro entorno e ir trasladando grupos de personas cada vez más numerosos para ir disminuyendo poco a poco la población de aquí. Al principio, los astronautas colonizadores no podían regresar, pero la tecnología actual sí que lo permite, motivo por el cual es conveniente tomar ciertas precauciones en función del planeta de procedencia. De este modo ya hace más de cincuenta años que hemos conseguido convertir todo el sistema solar en habitable.

–Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo ha podido el ser humano adaptarse a las condiciones tan extremas existentes prácticamente en todos los planetas más cercanos? Si no recuerdo mal, la atmósfera de la mayoría está compuesta por hidrógeno y helio o por dióxido de carbono; las temperaturas oscilan entre 400 y -200 grados centígrados; las radiaciones ultravioleta del Sol, letales para los humanos, se proyectan sin obstáculo alguno, la existencia de agua no es segura y, en conjunto, el paisaje es desolador. Por otro lado, ¿cómo ha sido posible salvar las enormes distancias que nos separan?

–Ciertamente que las condiciones de habitabilidad de los planetas vecinos son todas no aptas para la supervivencia humana, pero, una vez más, el ingenio terrícola descubrió el modo de solucionar el problema usando una especie de escafandra como las antiguas pero con unas prestaciones infinitamente más desarrolladas, con el mantenimiento estable de la presión interna, así como una regulación constante de la temperatura, equipada con un escudo invulnerable contra las radiaciones solares perjudiciales y, especialmente, capaz de generar oxígeno respirable, con el único inconveniente que, aún hoy, es imprescindible utilizarla constantemente.

–¿Y cómo come? ¿Cómo va al baño? ¿Cómo duerme la persona que la utiliza?

–La escafandra, dispone, toda ella, de una doble capa de tejido con dos aberturas al mismo nivel, ambas frente a la boca: abriendo la primera –la exterior– se introduce el alimento; acto seguido se cierra y ya puede abrirse la segunda, que conecta directamente con la boca. Y así, sucesivamente. Cuando alguien necesita ir al baño, el proceso es exactamente el mismo pero en sentido contrario: en primer lugar se abre la abertura interior –delantera, trasera o ambas al mismo tiempo–, se depositan los residuos fisiológicos (heces, orina), que son recogidos en una bolsa, se cierra la abertura interior y se abre la exterior para expulsarla. En cuanto al descanso nocturno, todo el mundo ya se ha acostumbrado a acostarse sin salir de la escafandra.

–¿Y las relaciones íntimas de pareja?

–Todo tiene lugar «in vitro».

–Bien, no es necesario que entremos en detalles...

–Respecto a las distancias tan enormes que separan la Tierra de los otros planetas, si pensáis en los combustibles fósiles, como el petróleo o alguno de sus

derivados, que se utilizaban hace dos siglos, debéis saber que se extinguieron a mediados del siglo XXI, lo cual obligó a los científicos a inventar un nuevo sistema de combustión consistente en una combinación de lentes capaz de aumentar millones de veces los rayos solares, con efectos propulsores. No os puedo explicar el proceso porque no está a mi alcance.

–¿Y en qué situación se encuentra la sanidad?

–Como podéis suponer, ha habido un gran avance. A finales del siglo XXII se intentó llevar a cabo una opción consistente en asegurar la supervivencia de los habitantes de la Tierra a base de ir substituyendo progresivamente todas las partes del cuerpo, exceptuando únicamente el cerebro, de manera que, obteniendo un cuerpo artificial, no fuese necesario comer, defecar, dormir o trabajar. Pero dicha alternativa hubo de ser rechazada porque resultaba muy cara y, además, requería una asistencia excesivamente personalizada. Por lo tanto, se optó por la atención farmacológica. También hay que tener en cuenta que ya hace mucho tiempo que se ha suprimido el contacto personal entre enfermo y médico. En realidad, puede decirse que la clase médica ha desaparecido porque toda relación tiene lugar a distancia y por medio de pantallas: el enfermo describe los síntomas que padece, se somete

a los análisis visuales pertinentes y, automáticamente, se le efectúa el diagnóstico y se le prescribe el tratamiento a seguir.

–¿Y a través de este sistema la gente está más sana?

–Depende. Hace ya mucho tiempo que fue descubierta una vacuna capaz de prevenir cualquier tipo de cáncer. Las enfermedades cardiovasculares también desaparecieron gracias a los tratamientos extremadamente eficaces empleados, y la sanidad pública alcanzó un nivel tan formidable que fueron erradicadas todas las afecciones provocadas por virus, hongos y bacterias.

–En tal caso, puede decirse que la sociedad, en general, está viviendo la etapa más sana de su historia, ¿no?

–Ya os he dicho que depende de como se interprete. La esperanza de vida ha aumentado enormemente, porque ya es normal vivir más de ciento treinta años, pero...

–Pero, ¿qué?

–Las enfermedades psicológicas nunca habían causado tantos estragos como en la actualidad y, a pesar de los esfuerzos en investigación que se están llevando a cabo, aún no ha sido posible descubrir una vacuna que evite morir de tristeza.

–Vaya... Y la política ¿ha variado mucho en comparación a como estaba hace dos siglos?

–No es que exista gran diferencia. Como que antes, cuando se aproximaban unas elecciones –teóricamente democráticas– los políticos, en general, tenían por costumbre mentir sin ningún tipo de miramiento, se decidió retirarlos por mentirosos, pero llegó un momento en que toda la clase política estaba a punto de desaparecer. Así, pues, se acordó proceder como si todos los políticos dijeran la verdad, pero si al cabo de un tiempo establecido a priori no cumplían sus promesas, eran expulsados sin contemplaciones, sancionándolos severamente, de manera que nunca más pudiesen tener acceso a la política. Y así seguimos en la actualidad, habiendo conseguido que reine un mínimo de honestidad y respeto, y que no gobiernen los políticos más agresivos y populistas, sino los más capacitados profesional y moralmente.

–¿Y la religión?

–¡Ah, la religión! Pues resulta que, con el afán de unificar todas las religiones existentes, fue creado un organismo denominado GUDAES (Gobierno Universal de Atención Espiritual), al cual la colonia de Marte solicitó, como experimento para poner en práctica su propósito ecuménico, que les fuese enviado un representante cualificado de cada una de las principales religiones que en aquel momento eran practicadas en la Tierra, de modo que se organizó una expedición compuesta por un sacerdote cristiano, un imán musulmán, un monje budista, un rabino hebreo, un gurú, un bahaí, un sij, así como miembros de distintas religiones minoritarias, tales como las de origen tribal y étnico de África, hasta completar un amplio repertorio de creencias.

–¿Y?

–La misión fracasó estrepitosamente puesto que, antes de llegar a medio trayecto, la nave espacial que los transportaba hubo de retroceder y volver al punto de partida, debido a que al cabo de pocos días de iniciar el viaje, aquellos ilustres representantes, que teóricamente, tenían que transmitir un mensaje de paz y armonía, discutían incesantemente entre ellos, peleándose todos contra todos, incapaces de mostrar la más mínima

capacidad de convivencia. Incluso miembros de confesiones de un mismo credo entraron en conflicto, poniendo en evidencia diferencias doctrinales, más divididos que nunca. La historia de la Iglesia, desgraciadamente, siempre ha sido una historia de divisiones. Probablemente, ninguna religión sea totalmente verdadera, pero, en cada una de ellas puede hallarse la verdad. El GUDAES y sus precursores –los gudaesenses– pretendieron fundar una sola religión juntando los elementos positivos de cada una de las ya existentes, imponiendo, en cierta manera, las creencias de cada una de ellas, en lugar de aceptar y respetar todas las que estuviesen inspiradas por el mismo Espíritu, sin olvidar que el Espíritu sopla allí donde le apetece. Y la historia sigue...

–Amigo robot –si permitís que os llame así– no puedo evitar haceros una pregunta: ¿la raza humana es más feliz actualmente que hace dos siglos?

–La información de la cual dispongo indica todo lo contrario: la humanidad se ha puesto casi exclusivamente en manos de la ciencia; la ciencia ha pecado de soberbia y la soberbia ha causado una profunda infelicidad. Ha cometido el error de considerar la llamada «inteligencia artificial», la parte científica de la informática, como si realmente fuese capaz de pensar

más y mejor que las personas, es decir, ha situado la obra por encima de su creador –el ser humano– y ya no es posible hacer marcha atrás. Pero compruebo, por vuestra expresión facial, que no acabáis de comprender lo que os estoy diciendo.

–Bien, en realidad a medias, especialmente teniendo en cuenta que mi inteligencia no es gran cosa, puesto que solamente es «natural».

Avaricilandia

Hoy, a primera hora de la mañana, he llegado a otra ciudad, por cierto muy distinta de la anterior, aunque igualmente desconocida para mí, por la cual una multitud de personas iba y venía por sus calles hablando acaloradamente.

Por fin he encontrado un banco público vacío situado en una plaza céntrica, el cual he aprovechado para sentarme. Al poco rato, otra persona ha tomado asiento a mi lado y ambos hemos contemplado aquel ir y venir de la gente. Transcurridos unos minutos, llevado por la curiosidad, me he dirigido a mi vecino de asiento para preguntarle el motivo de todo aquel alboroto.

–Dígame, buen hombre: ¿a qué es debido este ir y venir tan alterado de la gente? ¿Tal vez hoy es la celebración de algún acontecimiento importante, aquí?

–Ya veo que es usted forastero, que desconoce qué día es hoy, y por qué razón hay todo ese gentío en las calles. Efectivamente, hoy, ni más ni menos, se celebra la reunión anual de los *masricos*.

–¿Los *masricos*? ¿Y quiénes son esos personajes y por qué despiertan tanta expectación entre los ciudadanos?

–Los *masricos* es un grupo compuesto por las doce personas más ricas de la ciudad. Una vez al año, cualquier ciudadano, si demuestra ante notario, aportando pruebas fehacientes sobre la titularidad de sus posesiones, que su fortuna es superior a la de alguno de los componentes del grupo que se formó el año anterior, tiene derecho a sustituirlo automáticamente, de modo que puede constituirse un nuevo grupo hasta el año siguiente, tal día como hoy.

–¿Y cuál es exactamente el objetivo de todo ello? ¿Acaso esos ciudadanos tan notables, no son conscientes de que todo lo que les sobra a ellos es como si se lo estuviesen quitando a alguien que lo necesita?

–No creo que la pobreza ajena les preocupe demasiado...

–¿Tampoco temen ofender a Dios? ¿O es que lo ignoran, a Dios?

–Oh, al contrario, lo adoran: su Dios es el dinero.

–¿Y cómo viven, qué hacen, en qué se ocupan los que forman parte del grupo de los *masricos*?

–En realidad, los protagonistas de esta especie de juego inmoral viven inmersos en una paradoja constante: por una parte, su vanidad les impulsa a mostrar a todo el mundo que son los más ricos de la ciudad; sin embargo, visten, se alojan y se alimentan como verdaderos indigentes, al objeto de ir aumentando constantemente el volumen de su fortuna, como si, tarde o temprano, no hubiesen de morir. Además, viven en todo momento angustiados por el temor a que los ladrones les roben las riquezas que tienen ocultas, de modo que quien más posee, más sufre ante el miedo a perderlo.

–*Pobre* gente. Ya veo que son tan miserables que solo tienen dinero. Me pregunto si los *masricos* son dueños de su dinero o más bien el dinero es su dueño.

Cuando mañana salga de esta ciudad, de camino hacia nuevas sorpresas, no podré evitar ir reflexionando sobre los compañeros indeseables que suele tener la avaricia: la falta de compasión y la dureza de corazón, tal como se describe en el Nuevo Testamento, haciendo referencia al sirviente que debía diez mil talentos a su rey (un talento equivalía a unos 21,7 kilogramos de plata, por lo

que esta cantidad no debe interpretarse en sentido literal, sino como sinónimo de «inmensa» o «incontable») y, como que no podía saldar ni remotamente una deuda tan enorme, aquel señor ordenó que lo vendiesen como esclavo, juntamente con su mujer y sus hijos. No obstante, como que se lanzó a sus pies, implorándole paciencia y compasión, el rey le perdonó la deuda y lo dejó libre. Pero, acto seguido, cuando aquel hombre, tras haberle sido perdonada su deuda hacía apenas un instante, encontró a un compañero suyo que solamente le debía cien denarios (cada denario valía escasamente 0,5 kilogramos de plata), agarrándolo por el cuello lo ahogaba para que le pagase inmediatamente aquella cantidad tan ridícula en comparación con la que le había sido perdonada a él, y al no conseguirlo, no dudó en enviarlo a prisión hasta saldar su deuda.

Por otra parte, no es fácil acumular riqueza manteniendo un mínimo de mesura, porque el avaricioso nunca tiene suficiente, tal como narra por medio de un cuento Anthony de Mello, sj en su libro *El cant de l'ocell*:

LAS SIETE JARRAS DE ORO

Cuando el barbero del rey pasó por debajo de un árbol embrujado, oyó una voz que le decía:

–¿Te gustaría poseer las siete jarras de oro?

El barbero miró a su alrededor sin ver a nadie. Pero su codicia se había despertado y respondió ansioso:

–Sí, me gustaría mucho.

–Pues ve enseguida a tu casa y allí las encontrarás.

El barbero fue corriendo a su casa. Y, en efecto, allí estaban las siete jarras, todas llenas de oro, excepto una que solo estaba medio llena. El barbero no pudo soportar la idea de que una jarra no estuviese del todo llena. Sintió un violento deseo de llenarla porque, si no, no sería feliz.

Fundió todas las joyas de la familia convirtiéndolas en monedas y las introdujo en la jarra. Pero ésta continuaba igual que antes: medio llena. ¡Aquello lo exasperaba!, y se puso a ahorrar y a economizar como un loco, hasta el punto de tener a su familia hambrienta. Pero todo era inútil. Por mucho oro que introdujese en la jarra, siempre estaba medio llena.

De manera que un día consiguió que el rey le doblara el salario, y así reemprendió su lucha para llenar la jarra. Incluso llegó a mendigar. Y la jarra tragaba tantas piezas de oro como se le introducían, pero rechazaba obstinadamente a llenarse.

El rey se dio cuenta del famélico aspecto del barbero y le preguntó:

–¿Qué te ocurre? Cuando tu salario era más pequeño, eras feliz. Y ahora que te ha sido doblado estás destrozado y abatido. ¿Acaso será porque te han dado las siete jarras de oro?

El barbero quedó muy sorprendido y preguntó:

–¿Quién os lo ha dicho, Majestad?

El rey sonrió:

–Es que es obvio que tienes los síntomas de la persona a la cual el fantasma del árbol le ha dado las siete jarras. En cierta ocasión también me las ofreció a mí. Cuando le pregunté si el oro podía ser gastado o era únicamente para atesorarlo, se esfumó sin decir palabra. Aquel oro no podía ser gastado. Lo único que ocasiona es un vehemente impulso de amasar más oro

*cada día. Ve, por lo tanto, y devuélveselas al fantasma
ahora mismo y así serás nuevamente un hombre feliz.*

Envidilandia

Adán se unió a Eva, su mujer, y ella concibió y dio a luz a Caín. Y dijo:

–He tenido un hombre gracias al Señor. Después dio a luz a Abel, hermano de Caín. Abel se dedicó a criar ovejas, y Caín a labrar la tierra.

Al cabo de un tiempo, Caín presentó de los frutos del campo una ofrenda al Señor. También Abel le ofreció las primeras y mejores crías de su rebaño.

El Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró del mismo modo a Caín y a la suya. Entonces Caín se irritó sobremanera y puso mala cara. El Señor le dijo:

–¿Por qué te irritas? ¿Por qué has puesto esa cara? Si obraras rectamente llevarías la cabeza bien alta; pero como actúas mal el pecado está agazapado a tu puerta, acechándote. Sin embargo, tú puedes dominarlo.

Caín propuso a su hermano Abel que fueran al campo y, una vez allí, Caín atacó a su hermano y lo mató. (Gn 4,1-8).

Caín mató a su hermano Abel por envidia. Y si desde la creación del mundo hasta el siglo XXI la humanidad ha pecado de envidiosa –antes se hizo popular un refrán que decía «si la envidia fuese tiña habría muchos tiñosos»–, ¿cómo se puede esperar que solo en dos siglos los humanos se hayan liberado de semejante defecto?

Aun sin haber podido observar gran cosa, parece como si la mitad de los habitantes de esta nueva ciudad critiquen a la otra mitad. Pero no por el hecho de creerse ellos mejor, sino precisamente por estar convencidos de que la mejor es la otra mitad. Y es que el envidioso piensa que el mérito de los demás rebaja el propio y, entonces, en lugar de admirar el valor del otro, intenta rebajarlo a base de destacar sus defectos. En pocas palabras, odia al que triunfa; siempre está dispuesto a criticar a quien cree superior; no le sabe mal ser pobre, sino que su vecino sea más rico que él. No aspira al máximo, sino al mínimo de los demás. Pero también puede ocurrir que la envidia obedezca al convencimiento de que se es víctima de una grave

injusticia, por creer que uno merece mucho más de lo que se reconoce a los otros.

La aberración de la envidia puede llegar al extremo de que haya ricos que, en lugar de aspirar a aumentar su riqueza, prefieran que los pobres lo sean cada vez más. Tampoco es extraño que se cursen denuncias anónimas al objeto de intentar que pague más impuestos aquél que hace ostentación de su bienestar económico.

Y no debe confundirse la envidia con los celos, a pesar de que frecuentemente puedan parecer lo mismo. Celoso es el que teme perder el amor, el afecto o la admiración de alguien que, en realidad, o solo en apariencia, estima o admira cada vez más a otra persona, lo cual el primer estimado o admirado no puede soportar y puede inducirle a cometer actos violentos, físicos o psíquicos, de grado diverso. Podría decirse que la envidia y los celos son dos sentimientos semejantes a dos primas hermanas que andan una al lado de la otra y que tienen el ego como principal estandarte.

Respecto a la envidia, concretamente, en la época en que yo viví circulaba una especie de historia –más bien un chiste– que ilustraba perfectamente hasta que punto puede llegar la reacción de un envidioso ante aquéllos que son considerados como más valientes. El relato se

situaba en un grupo de paracaidistas principiantes haciendo prácticas lanzándose desde un avión en pleno vuelo. El instructor, a fin de animar a los que se iban lanzando, elogiaba constantemente su valor, de tal manera que un alumno envidioso cada vez estaba más disgustado, de modo que cuando llegó su turno, dirigiéndose a todos los presentes les gritó: «¡A ver quién tiene más narices, aquí!». Y, sin pensárselo dos veces, saltó del avión..., ¡sin paracaídas! En la vida real, más de un acto heroico no tiene lugar por valentía, sino por pura envidia. Suele decirse que entre lo sublime y lo ridículo solo hay un paso. Curiosamente, siempre hay alguien dispuesto a dar un pequeño empujón para ayudar a dar dicho paso.

Tampoco es extraño que el pecador de envidia trate de averiguar la manera en que procede el que, en el amor o en los negocios, tiene más éxito que él para tratar de imitarlo, tal como nos narra el escritor y profesor de la tradición sufí Idries Shah en una anécdota sobre el mulá Nasrudín:

Cada viernes, a primera hora de la mañana, Nasrudín iba al mercado del pueblo con un burro para proceder a su venta.

El precio que pedía siempre era insignificante, muy inferior al valor real del animal.

Un día se le acercó un rico mercader, el cual se dedicaba a la compra y venta de burros, para comentarle con extrañeza:

–No comprendo cómo lo conseguís, Nasrudin. Yo vendo burros al precio más bajo posible. Mis sirvientes obligan a los campesinos a proveerme de pienso gratuitamente. Mis esclavos atienden a los animales sin que ello signifique ningún gasto para mí. Y, a pesar de todo, me es imposible igualar vuestros precios.

–Pues es muy sencillo. Vos robáis pienso y mano de obra. Yo robo burros.

Abandonaré esta ciudad con un inevitable sentimiento de extrañeza ante el hecho de que su gente no sea capaz de liberarse de este pecado tan antipático –¿acaso existe algún pecado simpático?– y con la esperanza de hallar otra de más agradable y acogedora.

Irilàndia

Estoy realmente escandalizado. ¿Cómo es posible que, a pesar de los dos siglos transcurridos, la gente no haya aprendido a dominar los sentimientos de ira inútil y a vivir en paz? ¿Por qué en esta ciudad en donde ahora me encuentro, la gente sigue insultando y maldiciendo como si el tiempo se hubiese detenido? ¿Por ventura ignoran que la ira acostumbra a tener como compañeros el resentimiento, el deseo de venganza y el odio, y que el odio es semilla de violencia y la violencia es la madre de todas las guerras? He oído decir que las guerras actualmente tienen lugar entre robots teledirigidos, como si eso no fuese guerra... Realmente, la violencia se sabe cómo y por qué empieza, pero se desconoce cuándo y de qué forma puede terminar.

Una actitud enojada a causa de una ofensa –real o imaginaria– puede generar respuestas de gran agresividad. Causa miedo contemplar la expresión del semblante o escuchar los insultos de los aficionados en situaciones aparentemente intrascendentes tales como un partido entre dos equipos de cualquier deporte, contra

los aficionados o los jugadores del equipo contrario, o dirigidos al árbitro, como suele ser habitual.

Y si no es porque más vale abstenerse de bromear a propósito de este tema, tiene su gracia que, a menudo –obviando la perversidad que significa el maltrato a los animales–, se utilice su nombre con la intención de ofender: «hacer el animal» o «hacer animaladas» cuando alguien se comporta de forma incorrecta o impropio, o llamar «gallina» en lugar de cobarde, o «cerdo» a quien es sucio, o «está como una cabra» a quien padece problemas mentales, o que «tiene una fiebre de caballo» a quien tiene mucha fiebre, o dar «gato por liebre» en lugar de engañar, o «ser un lobo con piel de oveja» al hipócrita y traidor, o «burro» al ignorante o torpe –olvidando lo listos que son los asnos– «dormir la mona», «ser feo como un oso», etc. Mucho más desagradable es aun el propósito de ofender a alguien insultando a su madre, incluso quizás siendo ésta una santa.

¿Por qué la gente, aquí, es tan susceptible y está constantemente irritada? De acuerdo que tampoco sería apropiado vivir permanentemente de acuerdo con todo. También Jesús, en algún momento de su paso como hombre por este mundo, se indignó al ver a los que ofendían al Padre porque *encontró el Templo [de*

Jerusalén] lleno de gente que vendía bueyes, ovejas y palomas, y de cambistas de monedas sentados detrás de sus mesas. Porque hizo entonces un látigo con cuerdas y echó fuera del Templo a todos, junto con sus ovejas y sus bueyes. Tiró también al suelo las monedas de los cambistas y volcó sus mesas, increpándolos: ¿Acaso no dicen las Escrituras que mi casa ha de ser casa de oración para todas las naciones? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones. E insultó y amenazó a los maestros de la ley y a los fariseos, lanzándoles reproches tales como: ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, estúpidos y guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros que no os preocupáis de lo más importante de la ley, que es la justicia, la misericordia y la fe! ¡Serpientes! ¡Hijos de víbora! ¿Cómo podréis escapar al castigo de la gehena?

Y, aun: Pero a quien sea causa de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que lo arrojaran al fondo del mar con una piedra de molino atada al cuello.

De todos modos, no puede olvidarse que Jesús, al objeto de alertar sobre el odio y los desacuerdos, también dijo: El que se enemiste con su hermano, será llevado a juicio; el que lo insulte será llevado ante el

Consejo Supremo, y el que lo injurie gravemente se hará merecedor del fuego de la gehena. Y que Él mismo amó hasta la muerte, y muerte de cruz.

Lujurilandia

Lo primero que he recordado al llegar aquí ha sido el fragmento del Génesis en el cual se narra la destrucción de Sodoma y Gomorra, dos ciudades citadas en el Antiguo Testamento, que supuestamente estaban situadas en la planicie del Jordán, al norte de donde en la actualidad se halla el Mar Muerto, en Palestina, y que hace casi cuatro mil años el Señor destruyó con una lluvia de fuego y azufre, como castigo por la soberbia y la falta de hospitalidad de sus habitantes, pero, especialmente, por su libertinaje e inmoralidad sexual. Desconozco cómo debía ser aquella gente, pero, hoy y aquí, creo que no debe ser mucho mejor.

No se trata de juzgar a nadie; no soy quien para hacerlo ni me atrevería a ello. Pero si lo comparo con la sociedad que yo conocí hace doscientos años, debo decir que jamás había visto una proliferación tan exagerada de tiendas de las llamadas *sex-shop*. Han crecido como setas –que ya es decir– e, incluso en los escaparates, se exponen para su venta un extensísimo surtido de lentes de realidad virtual, así como todo tipo de aparatos de la más variada sofisticación para la satisfacción de

pasiones lujuriosas, además de la enorme oferta de medios electrónicos con el mismo propósito que –supongo– debe haber en su interior. En resumen no sabría decir qué es lo que me ha parecido: si un escándalo, una exhibición de mal gusto o la caída en el más profundo de los ridículos. La sexualidad, esta maravillosa relación que puede existir entre dos personas, aquí se ha pervertido hasta extremos inimaginables tan solo dos siglos atrás. Al fin y al cabo, creo que lo que realmente continúa prevaleciendo y perdurando entre los miembros de una pareja es el amor y el respeto mutuos.

También me ha llamado mucho la atención la estricta capa de puritanismo con que algunos colectivos de ciudadanos recalcitrantes –fácilmente identificables por su forma de vestir o de expresarse– pretenden disimular hipócritamente el ambiente de perversión y promiscuidad que aquí se respira. Como acostumbra a suceder, ningún extremo es recomendable, y a estos pequeños grupos de puritanos les convendría conocer un relato de la cultura sufí, en el cual se pone de manifiesto lo cruel y despiadado que puede llegar a ser en ocasiones un celo exagerado:

Había una vez dos monjes zen que andaban juntos por el bosque de regreso a su monasterio.

Al aproximarse a un río vieron una mujer arrodillada al borde de la orilla que estaba llorando. Era joven y muy atractiva.

El monje más anciano le preguntó:

–¿Qué te ocurre?

–Mi madre se está muriendo. Está sola en casa, en la otra orilla del río y yo no lo puedo cruzar. Lo he intentado varias veces, pero la fuerza de la corriente me arrastra y no podré llegar al otro lado si nadie me ayuda. Creía que no la podría volver a ver con vida, pero ahora..., ahora que estáis aquí pienso que uno de los dos podrá ayudarme a cruzar...

El monje más joven replicó:

–Ojalá pudiésemos. Pero la única forma de ayudarte sería cargándote a través del río y nuestro voto de castidad nos prohíbe todo tipo de contacto con el sexo opuesto... Lo lamento.

–Yo también lo lamento –dijo la mujer y siguió llorando.

El monje más anciano se arrodilló, bajó la cabeza y dijo:

–Sube.

La mujer no podía creérselo, pero rápidamente cogió su pequeña bolsa de ropa y subió encima de la espalda del monje.

Con gran dificultad el monje anciano pudo cruzar el río, seguido de cerca por el más joven.

Al llegar al otro lado, la mujer bajó, acercándose al monje anciano en actitud de besarle las manos, pero él las retiró diciendo:

–Está bien, está bien, sigue tu camino.

La mujer se inclinó agradecida, con humildad, cogió su bolsa y corrió hacia el pueblo. Los monjes, sin pronunciar palabra, reemprendieron la marcha en dirección al monasterio. Aún quedaban diez horas de camino.

Poco antes de llegar, el joven dijo al anciano:

–Maestro, vos sabéis mejor que yo qué significan los votos de abstinencia y castidad. Sin embargo habéis cargado sobre vuestra espalda aquella mujer para cruzar el río...

–Ciertamente, la he cargado sobre mi espalda. Pero tú la tienes cargada dentro de tu cabeza.

¿Y los hijos? ¿Cómo deben «aterrizar» en este mundo tan peculiar? Recuerdo que cuando pasé por Soberbilandia, el organismo cibernético con el que dialogué, me insinuó que las relaciones íntimas de pareja tenían lugar «in vitro». Intrigado por el significado exacto de esta expresión, por medio de la prensa escrita –la cual, sorprendentemente y en contra de todo pronóstico, ha sobrevivido–, he podido saber qué quiere decir esto exactamente, y a través de las innumerables revistas de carácter erótico que se exhiben en los quioscos que todavía subsisten, lo primero que me ha sorprendido ha sido comprobar que más de la mitad de páginas están dedicadas a ofrecer los servicios de clínicas privadas al objeto de engendrar criaturas poseedoras de cualidades extraordinarias, a escoger por la pareja aspirante a la paternidad y, por supuesto, todo mediante una fecundación «in vitro». He aquí algunas de las ofertas más atractivas:

«¿Deseáis tener un hijo poseedor de condiciones físicas invencibles, futuro campeón olímpico del deporte que preferáis? Venid a la clínica “X” y no quedaréis decepcionados.

«¿Os gustaría contar con un Premio Nobel de literatura en vuestra familia? No lo dudéis, nuestros resultados están plenamente garantizados».

«¿Queréis ser padres de una hija que el día de mañana se convierta en una imponente mujer “90, 60, 90”, modelo de seducción y candidata segura a ser Miss Universo? Os esperamos. Nuestros métodos son infalibles». Y así sucesivamente.

La realidad de la situación se me ha aparecido con toda su crudeza: biólogos sin escrúpulos han descubierto el modo de manipular el genoma humano hasta el punto de «crear» personas, cuyas características, tanto físicas como intelectuales y morales, son diseñadas *a priori* por sus progenitores, es decir, una auténtica aberración. ¿Hasta dónde se pretende llegar con este sistema de engendrar criaturas? Científicos corruptos, cuya prioridad es únicamente el lucro, han iniciado una competición que nadie sabe adonde puede conducir ni cómo puede terminar. Realmente esto es temible, muy temible . Además, no puedo pensar otra cosa sino que la

publicidad que llevan a cabo este tipo de clínicas es totalmente fraudulenta, porque, ¿qué ocurre si coinciden diversas solicitudes sobre un mismo «encargo»? ¿Pueden existir dos campeones mundiales de un mismo deporte a un tiempo? ¿O dos jefes de Estado de un mismo país simultáneamente? Quizás sí...

Gulandia

Recién llegado a esta nueva ciudad, tras permanecer muchas horas en ayunas, estaba realmente hambriento. Pero el caso es que no disponía de dinero para ir a comer a alguno de los numerosos restaurantes que había por doquier. Así, pues, he entrado en el que me ha parecido más humilde y he propuesto a la persona aparentemente responsable del establecimiento, lavar platos a cambio del menú.

Desconozco si por necesidad real o por caridad, no ha habido necesidad de insistir mucho y, dicho y hecho, he tomado asiento al lado de una mesa aguardando saber qué servían. Inmediatamente, un robot vestido de camarero me ha mostrado el menú del día. Lo primero que me ha sorprendido ha sido que, para empezar, a guisa de recordatorio, se hace constar que solo está permitido tomar una comida al día –regla que se controla mediante la implantación provisional de un microchip en el brazo derecho–, el cual no puede exceder de 2.500 calorías para una persona adulta, distribuidas entre veinticinco pastillas de cien calorías cada una, compuestas, a su vez, a grandes rasgos, por un

15% de proteínas, un 35% de grasas no saturadas y un 50% de carbohidratos, aparte de un número indeterminado de vitaminas. A partir de ahí, hay que escoger el sabor de cada pastilla o grupo de pastillas, de acuerdo con su color.

Las pastillas las denominan «unidades», de modo que he pedido cuatro unidades verdes, ocho de rojas, cuatro de amarillas y dos blancas, equivalente, todo ello, a una ensalada de verduras, un bistec de carne, macedonia de frutas y agua como bebida exenta de valor calórico. En total, por discreción, solo 1.800 calorías.

Debo reconocer que el surtido de sabores era realmente amplio, que, en general, estaban bastante bien logrados, y que, aunque sin hartarme, he quedado suficientemente satisfecho. Pero no he podido evitar recordar con añoranza la comida a la cual yo estaba acostumbrado, por sencilla que fuese. Y ahora comprendo el por qué de los campos tan desérticos que he contemplado por el camino: en la mesa, aquí, lo artificial ha vencido a lo natural. Esta gente no sabe lo que se pierde.

A continuación, de acuerdo con el trato pactado, he ido a la cocina para lavar la vajilla sucia, la cual no puede decirse que lo estuviese mucho, puesto que las

pastillas casi no ensucian y que todo estaba ultra mecanizado.

Allí he conocido un muchacho simpático y deseoso de conversación, lo cual he aprovechado para averiguar el origen de aquella situación. Así, pues, lo primero que le he preguntado, fingiendo ser un ignorante procedente de tierras lejanas, ha sido si hacía mucho tiempo que la gente de aquella ciudad se alimentaba únicamente por medio de pastillas, y cómo habían llegado a tal extremo.

—Cuando yo nací esta costumbre ya se había establecido hacía años. En realidad, recuerdo que mi tatarabuelo decía que, a finales del siglo xxii todo el mundo comía, bebía y fumaba en demasía y se entregaba a todo tipo de excesos y que, a raíz de tal desenfreno, llegó un momento en que los bebés empezaron a nacer afectados por un defecto genético que les hacía propensos a padecer obesidad mórbida y que fue necesario establecer medidas muy severas para poder controlar el valor nutritivo de su ingesta y, al mismo tiempo, evitar que la gula, más que un pecado, fuese una penitencia.

—¿Y actualmente ya no existen enfermos a causa de la obesidad?

–En absoluto; en realidad hoy en día la gente ya no enferma a causa de la obesidad, pero fallece de aburrimiento.

–Pues tú no pareces estar muy afectado por todo lo que me cuentas.

–Porque hecha la ley, hecha la trampa; y ya se sabe que, a menudo, lo que está prohibido es lo más atractivo.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que ahora existe un mercado negro muy próspero de venta de alimentos, procedentes de huertos ocultos, así como una proliferación de banquetes clandestinos en los cuales se compite entre equipos para dilucidar quién es capaz de comer más un producto determinado y lo hace más aprisa. Tengo entendido que en una región del nordeste de la Península Ibérica, existe la antigua tradición, cuando es la temporada, de convocar concursos para premiar al que come más cebolletas en el menor tiempo posible y que el último vencedor se tragó casi trescientas en menos de una hora. De todos modos, lo más excitante son las competiciones entre clubs. Yo formo parte del llamado «Los jamás hartos» y este fin de semana nos veremos las caras con «Los insaciables». Otros equipos destacados son, por

ejemplo, «Los pocas migajas», famoso por no dejar nunca ni una migaja en los platos; o «Los esponjas», el líder del cual, el pasado año, fue capaz de engullir dos litros de cerveza de un solo trago y seguir sereno; no como otro concursante que tiempo atrás contrajo una intoxicación etílica monumental. Se trataba de un jinete consumado, campeón en diversos certámenes hípicas, el cual, un día, mientras se dirigía al establo para sacar a su caballo preferido –el Relámpago– para dar una vuelta con él, iba pensando, sin ser consciente de que estaba hecho una cuba:

«No comprendo cómo hay gente que dice que bebiendo solo un vaso de vino ya se marea y no sabe lo que hace. Tal vez sea que mi organismo posee una resistencia superior a la mayoría de personas...». Eso iba diciéndose a sí mismo el campeón mientras colocaba las riendas y la silla de montar encima del caballo e, incluso, le preguntaba en voz alta:

–¿A ti que te parece, Relámpago? ¿Verdad que antes de salir a dar una vuelta aún podría ir a tomar un par más de copitas?

–¡No papá, por favor, no hagas eso! –le respondió su hijo pequeño, llorando despavorido desde debajo de la silla, con las riendas alrededor del cuello.

–Pero ¿no os da miedo de sufrir un empacho con este tipo de exageraciones?

–Pues no sería la primera vez; lo peor es que un empacho siempre le sorprende a uno con la barriga llena, pero tampoco es algo grave: tan solo hay que tomar una buena purga, ser moderado un par de días y volver a empezar.

Ignoro qué podré decir cuando me despida de estos ciudadanos tan singulares. Solo pienso que un poco de templanza no les iría mal a todos ellos.

Perezlandia

Al llegar a la última ciudad de mi recorrido, ya muy cerca de mi destino final, me ha sorprendido la actitud de sus habitantes; talmente parecía como si todos estuviesen disfrutando de un merecido descanso tras realizar un gran esfuerzo. De todas maneras, este hecho a mí no me afectaba en absoluto; hasta que he ido a una oficina de información ciudadana para preguntar cuál era la mejor ruta para llegar finalmente a Tierra Santa.

Cuando trataba de entrar en dicha oficina he empezado a conocer una serie de hechos sorprendentes. La puerta de entrada estaba cerrada a cal y canto, y justamente al lado había un hombre de mediana edad sentado, fumando un cigarrillo y contemplando tranquilamente la gente que transitaba próxima a él.

–Perdone, soy forastero, en peregrinación a Tierra Santa y querría saber cuál es el mejor camino para llegar lo antes posible. Pero desconozco las costumbres de esta ciudad y me pregunto si, por ventura, hoy es día festivo.

–Naturalmente que hoy es fiesta.

–Así pues, ¿hasta mañana no se atenderá al público?

–Ni mañana ni pasado mañana. Realmente es fácil deducir que usted no es de aquí. Debe saber que el único día que se trabaja es en domingo y que el resto de días de la semana son festivos.

–¡Caramba! Usted me acaba de explicar una costumbre que yo desconocía por completo. ¿Quizá está usted aquí de guardia para atender a viajeros de paso como yo?

–¡Ca, de ninguna manera! En este momento mi trabajo consiste en no trabajar. Yo estoy aquí solamente para dar soporte a lo que en el mundo laboral del pasado se denominaba «hacer huelga».

–¿Hacer huelga? ¿Y por qué motivo, si puede saberse?

–Pues, ni más ni menos que para reivindicar una reducción del horario de trabajo de los domingos. Todos los trabajadores afectados opinamos que media jornada ya es más que suficiente, y que es una cuestión de justicia disponer de la tarde libre para poder convivir con la familia y gozar de un mínimo descanso para pasear y tomar el sol.

No he podido evitar pensar que en la Biblia se nos narra como Dios Nuestro Señor, tras crear el cielo y la tierra en seis días, el séptimo descansó de toda la obra realizada. Pero en esta ciudad parece como si sus habitantes estuviesen acostumbrados a vivir casi permanentemente en el séptimo día. Y, sintiendo curiosidad por lo que me estaba explicando aquel hombre, le he preguntado:

–¿Y ustedes son felices con este sistema de vida?

–Este es el único sistema que conocemos. No nos ha sido posible escoger otra sociedad donde nacer y no vemos razón alguna para cambiarla. Por otra parte, la retribución económica que recibimos los asalariados es equivalente a la que obtendríamos trabajando como asnos en siglos pasados y en labores que a la mayoría les disgustaba estar empleados.

No me he atrevido a preguntar cuántos días tenían de vacaciones o a qué edad se jubilaba la gente, de modo que me he despedido.

–Muchas gracias por la información. Buenos días, y atención con fatigarse en exceso.

Mientras me alejaba de aquel lugar –todo hay que decirlo, un poco desconcertado–, he recordado un pequeño cuento popular, que guarda un cierto parecido con los habitantes de aquella curiosa ciudad:

EL PESCADOR SATISFECHO

Aquel industrial se horrorizó al ver un pescador recostado en su barca y fumando una pipa.

–¿Por qué razón no has salido a pescar? –le preguntó el industrial.

–Porque, por hoy, ya he pescado suficientemente.

–¿Y por qué no pescas más?

–¿Por qué razón habría de hacerlo?

–Ganarías más dinero: de este modo podrías instalar un motor en tu barca e ir a pescar en aguas más profundas y pescar más peces. Lo cual te procuraría el dinero necesario para comprar unas redes de nailon, con las cuales obtendrías más peces y más dinero. Pronto

*podrías tener dos barcas..., e
incluso muchas más. De este modo serías
rico, como yo.*

–¿Y qué haría entonces?

–Podrías disfrutar de la vida.

*–¿Y qué crees que estoy haciendo en
este momento?*

Pero vaya, ni tanto ni tan poco...

**LLEGADA A BELÉN (A MODO
DE EPÍLOGO)**

Ya he llegado a Belén, tras haber discurrido por siete ciudades distintas, en las cuales he podido constatar que las virtudes y los defectos humanos apenas han variado a lo largo de dos siglos; si acaso, aún son más acentuados. Como era lógico suponer, lo que más me ha impresionado ha sido hallar un mundo terriblemente mecanizado y deshumanizado, a pesar de que—supongo—según qué aún no se ha podido «robotizar». No puedo imaginar un autómata pintando un paisaje o un retrato de alguien. Ni un ingenio artificial interpretando al piano una sonata de Beethoven o componiendo una ópera, una sinfonía o un concierto para violín y orquesta. Sin duda alguna serían obras muertas justo acabadas de nacer. Y si algún día un robot es capaz de escribir un poema, eso significará que este mundo ya está totalmente perdido. Pero bien, ahora estoy en Belén, ciudad cuna del cristianismo, la cual, a pesar de ser la primera vez que la visito, tengo la sensación que no debe haber cambiado mucho en los últimos doscientos años.

Así, pues, hoy a primera hora de la mañana, he ido a la gruta de la Natividad, en donde la tradición cristiana sitúa el nacimiento de Jesús, y sobre la cual santa Elena, madre de Constantino I, el año 326, mandó construir una basílica que se ha conservado hasta hoy, en el siglo XXIII, con solo la ampliación efectuada bajo las órdenes de Justiniano en el año 540 y posteriores restauraciones llevadas a cabo por los cruzados.

Justamente en el centro de la gruta, en el suelo, hay una losa de mármol blanco con la estrella de David, de plata, y una inscripción en latín que dice: «Aquí nació Jesús de la Virgen María». Al igual que innumerables devotos de todo el mundo, me he arrodillado para besar la estrella, en cumplimiento de la acción de gracias que había prometido llevar a cabo.

Tras salir de la gruta, deambulando por las estrechas calles de Belén, convertidas en verdaderos mercados al aire libre, me ha asaltado la duda sobre el rigor histórico del lugar donde realmente debió nacer el Mesías, así como el contraste escandaloso entre aquella estrella de David, en medio de un lujo decadente, y el lugar absolutamente humilde donde el Salvador del mundo, muy probablemente, vio por primera vez la luz, tal vez envuelto en balas de paja y mugidos de ganado.

Mientras iba pensando en todo ello, andando sin rumbo fijo por un camino para mí desconocido, dejando atrás la ciudad, al cabo de un par de horas aproximadamente he empezado a sentirme muy fatigado y necesitado de reposar para recuperar fuerzas.

Siguiendo por el mismo camino, no muy lejos, he visto un pequeño monasterio y he pensado que sería el lugar ideal para poder descansar un rato. Efectivamente, el claustro de aquel monasterio era un verdadero oasis de paz, y sentado en uno de los bancos de piedra que había alrededor del mismo me he dormido. Ha sido entonces cuando he tenido un sueño que recordaré el resto de mi vida:

Un monje me estaba observando atentamente y, al percatarse de mi aspecto cansado, se me acercaba y me saludaba con voz amable.

–Dios os guarde.

–Dios os guarde.

–Parecéis muy fatigado. ¿De dónde venís?, si no es indiscreción preguntároslo... ¿Puedo hacer algo por vos?

–Os lo agradezco mucho. El caso es que vengo de una tierra lejana y de un tiempo aún más lejano, en peregrinación hasta el lugar donde dicen que nació Jesús, en acción de gracias por haber regresado sano y salvo tras una ausencia muy prolongada.

–¿Y habéis podido cumplir vuestro propósito?

–Ciertamente. Esta mañana he ido a la basílica de la Natividad para llevar a cabo el ritual de adoración besando la estrella de David y, acto seguido, he andado un largo trecho hasta llegar aquí. No obstante, si he de ser sincero, a causa del gentío que había en la gruta, me ha sido imposible hallar el espacio de recogimiento y plegaria que buscaba y, además, no puedo negar que me inquieta la duda sobre el lugar exacto donde debió nacer el Niño Jesús, a pesar de lo que establezca la tradición.

–¿Y esto os preocupa mucho?

–Ni mucho ni poco. Pero me gustaría saberlo con certeza.

–Pues creedme si os digo que no tiene importancia si el Mesías nació en un establo o en una casa, en Belén o en Jerusalén, o en cualquier otro lugar de esta tierra. Lo

único esencial es que cada día nazca dentro de nuestro corazón y que nuestra alma sea su cuna.

Las palabras de aquel santo varón hicieron que lo observara más detenidamente: sin duda se trataba de un monje de aquel monasterio. Más bien bajo, vestía el típico hábito religioso negro que le llegaba hasta los pies, cinturón de cuero y escapulario con capuchón cubriéndole la cabeza, de modo que prácticamente solo mostraba una barba blanca y las manos devotamente entrelazadas a la altura del pecho. Sin embargo también pude ver claramente, y no sin sorpresa, que se trataba de una persona afectada de polidactilia, un trastorno genético muy infrecuente que se caracteriza por haber nacido con un dedo de más en las manos o en los pies. En este caso, el monje tenía dos pulgares en lugar de uno solo en ambas manos. Tras aquellas sabias palabras, el buen monje siguió hablando:

–Si conseguís lo que os he dicho, el Señor guiará vuestros pensamientos, palabras y obras para poder convertirlos en un «ángel de Dios».

–A buen seguro que estáis en lo cierto, pero, ¿cómo podría alguien tan insignificante como yo convertirse en un «ángel de Dios»?

–Nadie es insignificante a los ojos de Dios, al contrario; os puedo asegurar que todo ser humano puede convertirse en un «ángel de Dios».

–¿Y cómo puede ser eso cierto?

–No dudéis que puede convertirse en un «ángel de Dios» todo el que besa, acaricia y asiste a sus padres ya ancianos o con demencia senil, o atiende a un hijo impedido, el que ayuda a comer a un discapacitado, el que acompaña a un enfermo terminal, el que consuela a alguien que llora o que sufre, el que alberga a un desahuciado, el que atiende al necesitado, el que se compadece de las prostitutas, el que ayuda a sobrevivir y encontrar sentido a la vida de los que le rodean. Y tanto da qué religión profese, si es que profesa alguna.

Ha sido entonces, al despertar de aquel sueño maravilloso, cautivado por las palabras del monje (¡qué profunda puede ser la sencillez!; no es necesario ser ningún santo para sentir la proximidad de Dios) cuando he deseado visitar el interior del monasterio. En la misma entrada ya me he enterado, por medio de la información que se ofrece al visitante, que actualmente ha sido transformado en un pequeño museo de entrada gratuita, en el cual se exponen objetos curiosos y

reliquias de la comunidad que, efectivamente, este antiguo monasterio había acogido en el pasado.

Según la tradición cristiana, fue fundado en el año 476 por san Teodosio, abogado de ancianos, enfermos y discapacitados, adoptando su nombre, en el lugar donde los tres Reyes Magos de Oriente se alojaron brevemente tras visitar al Niño Jesús. Fue entonces cuando se les apareció el Señor para advertirles que tomaran una ruta diferente de la ida para evitar el encuentro con Herodes y eludir así sus perversas intenciones.

Entre los siglos v y vii albergó más de setecientos monjes y monjas, llevando a cabo numerosas actividades, entre las cuales destacaba un hospital para enfermos pobres. Posteriormente, en el año 614, fue devastado por los persas, más tarde reconquistado por los cruzados, y cuando éstos se retiraron, en el siglo xv, lo ocupó la tribu de los Ibn Obeid. En 1881 el director de la Escuela de Teología de la Sagrada Cruz de Jerusalén adquirió sus ruinas a un grupo de beduinos que lo habitaba, y en 1896, el Patriarca de Jerusalén colocó la primera piedra del nuevo monasterio, inaugurándose éste en 1952. En él se instalaron doce monjes greco ortodoxos, la santidad de los cuales era conocida en todo el territorio, y que residieron en el mismo hasta su muerte a finales del siglo xx.

Una escalinata de dieciocho peldaños conduce a una cueva de paredes blancas en cuyo lugar descansan los restos mortales de san Teodosio, fallecido, según diversas fuentes informativas, a la sorprendente edad de ¡ciento cinco años!, así como, también, las de su madre y hermana. De los restos de los doce últimos monjes no existe referencia alguna, excepto en un extremo de la cueva donde puede verse, enmarcada, una fotografía de la época, estropeada por el tiempo transcurrido, pero aún en suficiente buen estado como para poder distinguir sus detalles con cierta claridad, en la cual pueden verse los mencionados doce monjes. Mientras la observaba, más bien al paso, súbitamente me ha llamado la atención uno de los doce monjes, el cual se destacaba por su baja estatura, que vestía como todos los otros el típico hábito negro hasta los pies, cinturón de cuero y escapulario con el capuchón cubriéndole la cabeza, con las manos devotamente entrelazadas a la altura del pecho y ¿¡-será posible!?- mostrando una inconfundible polidactilia.

Mientras subía la escalera para salir del museo y antiguo monasterio, para iniciar el camino de vuelta a casa, no sabía qué pensar sobre las experiencias vividas. Tan solo iba dando gracias a Dios por todo y de todo corazón.


No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web

www.imacxiom.com

Versión en catalán: www.andreumoixcami.cat

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- Dios, ese desconocido (Un testimonio de fe)
- El más allá, ese desconocido (El gozo de la esperanza)
- La caridad, esa desconocida (Eclósión de amor)
- La paz, esa desconocida (¿Una utopía?)
- La Virgen María, esa desconocida (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- Dios en las pequeñas cosas (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
- Cartas abiertas (Pensamientos de un cristiano)

Continua 

- El sufrimiento, ese desconocido (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- La plegaria, esa desconocida (Sugerencias de actitud para orar mejor)
- El ángel perplejo (Observaciones a la luz del Evangelio)
- El regreso del ángel (41 Retazos de esperanza)
- Ciencia y fe: ¿un divorcio inevitable, o un matrimonio bien avenido?
- Virus (¿Y qué opina la Covid-19?)
- La silla mágica
- El fin del mundo

